

santa y feliz memoria, y el sentimiento de esta sensible pérdida embargaba sus almas. Florecen en la casa de Barcelona además del colegio y de la institución de las hijas de María un taller en que son recibidas jóvenes obreras, y una escuela dominical consagrada á la instrucción y edificación de ellas.



CAPÍTULO UNDÉCIMO.

ÚLTIMOS TRABAJOS Y PENAS DE LA MADRE BARAT.

EL año de 1850 llegó á ser cada vez más sensible la soledad de la Madre Barat en los últimos tiempos de su vida, pues vió desaparecer una tras otra á las compañeras de su juventud con quienes siempre había vivido. En su avanzada edad de setenta y un años no dejaba de pensar cada vez con más atención en sí misma y en su orden ya muy extendida. Con este motivo determinó ir á Roma á fin de someter personalmente á la aprobación de Su Santidad el Papa Pío IX algunas disposiciones concernientes á su instituto, no sólo porque el cardenal Lambruschini, protector de la Sociedad del Sagrado Corazón, se negaba por completo á introducir en ella novedad alguna, sino por dejar tranquilo á este cardenal, ya muy anciano y atribulado por las turbulentas circunstancias de los tiempos.

Embarcóse la Madre Barat en Marsella el 11 de noviembre, pero vino el tiempo tan contrario que no pudo llegar á Roma antes del 15. Allí le esperaba

un triste espectáculo. “¡En qué lastimoso estado he hallado á la villa Lante, tan floreciente en otros tiempos! Con Garibaldi ha venido aquí el vandalismo . . . Pero no es esto lo peor; el espectáculo de las miserias morales es mucho más doloroso; el mal no conoce límites.”<sup>1</sup>

El 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de María, hacía cincuenta años que la Madre Barat y sus primeras compañeras se habían consagrado en París al Sagrado Corazón, por consejo del Padre Varín, por lo cual siempre fué considerado este día como el verdadero aniversario del nacimiento de la Sociedad. Estas bodas de oro se celebraron solemnemente en la villa Lante, así como en toda la orden; pero no acabó aquel día sin que la Madre Barat recibiera una viva impresión. Cierta predicador, á la sazón muy afamado, cometió la indiscreción de escoger por tema de su sermón á la orden, á la Madre Barat y sus virtudes. La Madre le oyó con disgusto y sin saber qué partido tomar; pero como el predicador no cesaba, ella acabó por salirse de la iglesia. Después encargó á la superiora, la Madre de Limminghe, cuando ésta le dijo cómo se llamaba el predicador, que no volviera á invitarle á predicar.

Naturalmente sentía muy vivo deseo de conocer al nuevo Papa Pío IX; pero una enfermedad que le duró varias semanas, le impidió el verle. Por último pudo escribir refiriéndose á la primera audiencia que

<sup>1</sup> Á su sobrino Estanislao Dusaussay. Roma, 26 de noviembre de 1850.



Pío IX le concedió, que este Papa se le había mostrado “como el soberano más excelso y digno de amor que hay en el mundo, como la imagen viva de Jesucristo, cuyo lugar ocupa sobre la tierra”. “Sus facciones reflejan tranquilidad y paz celestial. Es imposible ver unida mayor dignidad con semejante ternura.” Cuando el Papa dió la bendición á la Madre Barat y á su orden, dijo muy expresivamente, refiriéndose á ella, “que era necesaria una educación fundada en los principios incommovibles de la fe, y que por lo mismo que falta esta educación, crece de un modo tan espantoso la corrupción de los pueblos”. Estas palabras del supremo Pastor de la Iglesia fueron nuevo estímulo al celo de la Madre Barat.

Sintióse además muy animada á exponerle las necesidades de su orden, pues varias resoluciones tomadas en las últimas asambleas debían ser confirmadas, y había necesidad de adoptar otras nuevas. Por lo cual presentó al Papa con plena confianza una súplica dividida en tres puntos:

1º Á la superiora general debían de agregársele superiores provinciales que la ayudaran en los negocios del gobierno de la orden, y á cada una de éstas debía de asignársele cierto número de casas de la orden bajo la dirección de la superiora general.

2º Al antiguo consejo, compuesto de doce miembros de la orden, debía reemplazar uno nuevo formado por las asistentas generales, por las superiores provinciales y por una madre profesa de cada provincia.

3º Debía concederse á la superiora general la facultad de elegir una vicaria general, que por muerte de la superiora general aun gobernara á la orden mientras se hacía nueva elección.

Ya se ha dicho la razón que movió á la Madre Barat á prescindir en esta ocasión del cardenal protector; pero Pío IX quiso que la superiora general siguiera despachando los negocios según el uso ordinario, y enseñó el escrito al cardenal Lambruschini. Transcurridos dos meses, recibió la Madre Barat una respuesta negativa.

Con esta respuesta se vió la Madre Barat en grave apuro, pues á su muerte todo el peso había de recaer sobre la Madre asistente, que estaba ciega y era más anciana que ella. Por otra parte, la orden se propagaba de tal manera que la Madre Barat no podía gobernarla de lejos por sí sola. La afligida superiora acudió entonces á la oración, buscando un refugio en *Mater admirabilis*. Habiendo llegado á noticia de Pío IX la aflicción de la Madre Barat, mandó el 6 de mayo al prelado doméstico Luciandi, que la interrogara acerca de sus deseos en pro de la orden; y cuando se hubo informado, revocó el anterior decreto y entregó la súplica de la Madre Barat al examen de tres cardenales. En 23 de mayo de 1851 se expidió un nuevo decreto, accediendo á todo cuanto había pedido la Madre Barat<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Según los deseos del Papa las denominaciones de superiora provincial y de provincia fueron reemplazadas por las de vicaria y vicaría.



El 14 de junio le fué concedida la última audiencia para que diera las gracias al Sumo Pontífice; después salió de la ciudad santa para no volver más á ella.

En noviembre convocó á las consultoras á la séptima asamblea general en La Ferrandière junto á Lyon. Hallábase á la sazón postrada en cama á consecuencia de una fiebre; pero no quiso que por su causa se dilatase la reunión de la asamblea, á la cual se hizo conducir en un coche, inaugurando las sesiones el día 13 de noviembre. En ella se comunicó oficialmente á toda la orden la reforma aprobada por Su Santidad, en virtud de la cual las sesenta y cinco casas que á la sazón había de la orden, eran distribuídas en diez vicarías, ocho en Europa y dos en América. También fué aprobado un nuevo plan de enseñanza, obra de la Madre de Avenas principalmente. Finalmente, las consultoras todas desestimaron las súplicas de la venerable fundadora, la cual les pidió que, tomando en cuenta su avanzada edad, pusieran sobre hombros más jóvenes la carga que á ella la abrumaba. Sobre este punto la Madre Barat escribió á su cara Madre Duchesne, que estaba en América: "En vano he rogado que me quiten esta carga: hace ya medio siglo que pesa sobre mí; pero todas se han hecho las sordas. La única esperanza que me queda, es Nuestro Salvador. Ayudadme, amada Madre, á alcanzar de él la gracia de acabar mis días libre de este temible encargo."

La Madre Barat dirigió desde La Ferrandière una circular á todas las casas, ordenada principalmente

á excitar en las hermanas el fuego del amor al divino Corazón, y á que confiadas en este mismo Corazón que tanto nos ha amado, hicieran y padecieran todo lo que Dios quisiere de ellas.

"Sin intermisión", así se dice en este documento, "debemos acudir al divino Corazón como á nuestro refugio, pues él es la fuente de nuestra vida. ¿Acaso no va todo á parar al Sagrado Corazón? ¿Acaso no es razonable creer que la Santísima Trinidad se quiere aplacar en estos infaustos tiempos sólo por medio del Corazón de Jesucristo, y que sólo en él quiere salvar y bendecir á los hombres? Sólo mediante este Santísimo Corazón, no lo dudéis, amadas madres y hermanas, lograréis infundir la piedad en las almas. De él procede la fragancia de que se sintió atraída la esposa de los Cantares; del divino Corazón cae gota á gota sobre el corazón de los hombres, pobre y llagado, el óleo que refrigera, sana y fortalece. Sigamos con nuevo celo nuestro camino y difundamos según la medida de nuestras fuerzas por toda la redondez de la tierra el conocimiento, el amor y la gloria del adorable Corazón de nuestro Esposo."

\* \* \*

Uno de los principales cuidados de la Madre Barat era á la sazón el visitar las diferentes casas de la orden, en las cuales recibía mucho consuelo á vista del cielo de la mayor parte de las hermanas; pero no por eso dejaban de serle muy penosos estos viajes en su avanzada edad. El año de 1852 celebró sus días en Marmoutiers, donde tanto bien le hizo la soledad



que ella tanto amaba, y donde tanto interés mostró por una escuela de niños que por excepción permitió que dirigieran las Madres; con aquellos tiernos discípulos comunicó después por escrito. En el mes de septiembre visitó á Kientzheim, y el año siguiente á La Ferrandière, cuya casa había sido convertida en noviciado del Mediodía de Francia. Pero la mayor parte del tiempo permanecía en París ó en Conflans. En París pasaba todos los días, aun en la estación más rigurosa, muchas horas delante del Santísimo Sacramento. Habiéndola sorprendido allí su piadoso médico, el célebre D<sup>r</sup>. Recamier, á pesar de habersele prohibido, pues acababa ella de salir de una enfermedad, la reprendió amistosamente diciéndole que se volviese al punto á su habitación, y por la tarde le envió una estufa con buena provisión de leña "para el oratorio de la venerable Madre".

En 1855, á la edad de setenta y seis años, quiso visitar de nuevo las casas de la orden. Empezó por Kientzheim, donde saludó á las novicias con estas afectuosas palabras: "Ya sabéis, amadas hijas, pues os lo dije en mi última visita, que estoy dispuesta á ir hasta el fin del mundo en busca de un alma fiel y generosa. Por esta razón he venido á Kientzheim; ¿qué necesidad hay de ir más lejos para buscar lo que ciertamente hay entre vosotras?" Las hermanas la hallaron muy envejecida, pero su lenguaje les pareció cada vez más vivo y ardiente: "Paréceme, hijas mías, sentir entre vosotras un soplo que me arrebatara: he aquí que estoy entre vosotras para hablaros de Nuestro Señor."

Pronto hubo de interrumpir sus visitas la Madre Barat, por haber sido acometida de fiebre y otras enfermedades. En el otoño de 1855 recibió malas noticias de América, donde la fiebre amarilla hacía numerosas víctimas en las casas de la orden en la Luisiana; y la Madre Barat tuvo que sacar de Francia las hermanas necesarias para que aquellas casas pudieran subsistir.

Por aquel tiempo producía mucha inquietud á la Madre Barat la situación de la casa de Chamberí en Saboya. Hemos visto al mencionar la persecución de las religiosas en Italia por los años de 1847 á 1848, que el pueblo y las autoridades locales de Chamberí habían logrado conservar á las hermanas del Sagrado Corazón á pesar de todos los decretos de expulsión de las cámaras piemontesas. El año de 1854 se renovó la persecución, y el gobierno mandó que todas las maestras y religiosas fueran sometidas á un examen oficial, y que las casas religiosas donde estas daban las clases, estuvieran bajo la inspección del Estado. La Madre Barat se preguntó á sí misma si podría tolerarse la ingerencia del Estado en el ejercicio del derecho de educar á la juventud, derecho que sólo pertenece á la Iglesia y á los padres de familia. Pero conoció la gravedad y las dificultades de esta cuestión con la claridad suficiente para no tratar de resolverla ella por sí sola. Así se dirigió en demanda de consejo á varios sacerdotes de experiencia, entre otros á Monseñor Parisi, obispo á la sazón de Arras, y miembro del consejo de enseñanza superior; el cual le contestó en un escrito en que resaltaban la



claridad de las pruebas y el vigor de los consejos. Después de haber ilustrado la cuestión en sí misma con relación á la religión y á la orden del Sagrado Corazón, dedujo aquel ilustre prelado que esta orden debía oponerse resueltamente á las disposiciones del gobierno piemontés. Á pesar de su afecto al pueblo de Saboya, la Madre Barat no tardó en decidirse á seguir este consejo: "Insisto en conservar nuestra independencia", escribía por entonces, "tanto más firmemente cuanto más cierta estoy de seguir así la sentencia de la parte del clero más devota de la Santa Sede." En vano dirigió el consejo municipal de Chamberí una exposición al rey Víctor Manuel II; en vano le hablaron en el mismo sentido las familias más influyentes del país; el rey mandó cerrar el pensionado en el otoño de 1856; sólo quedó encomendada á las hermanas, y cierto á sus expensas, la institución en favor de los sordomudos. Pero cuando en 1859 volvió Saboya á la dominación de Francia por la paz de Zurich, y Napoleón restituyó en el verano del siguiente año á las órdenes religiosas los derechos de que habían sido despojadas, el pensionado volvió también á ser entregado á las religiosas del Sagrado Corazón.

\* \* \*

El año de 1856 la Madre Barat tuvo muchos motivos de aflicción, pues murieron dos de las religiosas, ya muy ancianas, la Madre Giraud y la Madre de Charbonnel. Al año siguiente perdió á su antigua y amada compañera, la Madre Maillucheu, alma

enteramente consagrada á Dios. La Madre Barat visitó las casas del Norte de Francia, y mandó que todas las superiores del Sur de esta nación se reunieran en La Ferrandière para que ella pudiera verlas otra vez á todas en torno suyo. Las palabras que en aquella ocasión les dirigió, estaban llenas de celo y amor. "Digamos, hermanas mías, más con las obras que con las palabras: El que no ame á Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema" (1 Cor. XVI, 22). La Madre Barat salió de La Ferrandière el 20 de septiembre de 1857. Fué esta la última salida de la Rev. superiora general.

\* \* \*

Hacia el fin de su vida eligió como lugar de su residencia la casa del Boulevard de los Inválidos en París (noviembre 1858). Aunque ya no podía viajar, y era reemplazada por la vicaria general que visitaba periódicamente las casas de la orden, continuó gobernándola por medio de una correspondencia tan frecuente, que el mismo cartero se compadecía de ella á vista del gran número de cartas que todos los días le llevaba.

Tenía la Madre Barat la costumbre de contestar inmediatamente en lo posible las cartas que recibía; así empleaba en escribir toda la mañana y á veces parte de la tarde. Escribía rápidamente con letra clara y de rasgos bien marcados. Á veces interrumpía su trabajo algunos minutos para descansar en la presencia del Santísimo Sacramento; pero ordinariamente se satisfacía con mirar al crucifijo que



tenía delante, pidiendo luz, consejo y auxilio á Nuestro Salvador. Los caracteres principales de estas cartas son el orden, la sencillez, el lenguaje mesurado, y ante todo la claridad y el profundo sentido.

Entre las nuevas fundaciones que corresponden á este último período de la vida de la Madre Barat, merece singular mención la casa de Perusa. En la época en que el Em<sup>o</sup> cardenal Pecci, que ahora rige gloriosamente á la Iglesia, fué nuncio en Bruselas, tuvo ocasión de conocer en sus visitas á Jette-Saint-Pierre á las religiosas del Sagrado Corazón. Elevado á la sede episcopal de Perusa, no tardó en querer fundar una casa de la orden en su diócesis. Todavía estaban pendientes las negociaciones entabladas para este intento, cuando el Papa Pío IX en su peregrinación á Loreto, visitó la ciudad de Perusa. El cardenal Pecci habló al Pontífice de su proyecto, y el Papa le otorgó su bendición y le dió quinientos escudos romanos "para las tazas y los platos", según dijo en tono festivo. Esta graciosa disposición de Pío IX fué como un mandato en los ojos de la superiora general. "El Representante de Jesucristo ha hablado," escribía á la Rev. Madre Lehón; "confío firmemente en que el divino Salvador no nos negará su auxilio en una empresa conducida por su Representante en la tierra." Inmediatamente se hicieron los preparativos para reunir, sacándolas de las casas de Roma, á las hermanas que habían de ir á la nueva fundación, las cuales fueron recibidas por el Papa el 17 de noviembre de 1857. Por desgracia la revolución no les dió tiempo para realizar de un modo duradero los deseos del

Papa y del prelado y hacer en Perusa todo el bien de que había necesidad.

Acercábase el día en que Francia había de enviar sus tropas del lado allá de los Alpes para aumentar el poder de los enemigos de la Iglesia y animarlos en sus sacrílegas empresas. Los males que de aquí se siguieron, son indescriptibles. La Madre Barat no tuvo que soportar esta extrema aflicción; pero tan pronto como empezó la guerra en Italia, ya no fué para nadie un misterio lo que había de suceder. Las condiciones de la paz de Villafranca dieron la señal de mayores persecuciones, que empezaron en Milán. Después de los jesuitas fueron las religiosas del Sagrado Corazón las primeras víctimas, y el pretexto de la persecución fué su adhesión á la casa imperial de Austria. Á pesar de los muchos trabajos que hubieron de padecer, todavía siguieron allí cerca de un año. El 18 de marzo de 1860 decretó Víctor Manuel la anexión de Rumania á Cerdeña; y ya antes, el 16 del mismo marzo, las religiosas habían sido invitadas á iluminar; pero no pudiendo ellas aplaudir una empresa sacrílega, que había despojado al Papa de sus dominios temporales, su negativa fué la señal del tumulto. El populacho desenfrenado se agolpó dando furiosos gritos junto á la indefensa casa y permaneció allí por espacio de tres horas, horas de angustia y temor para las religiosas. Ni la autoridad civil ni la militar tomaron medida alguna para contener el tumulto. Dos días después, el 18 de marzo, en que propiamente fué promulgado el real decreto, se repitió la escena de un modo más violento. La



puerta de la casa fué hecha pedazos; las ventanas y aun las contraventanas fueron rotas por una granizada de piedras, y el populacho furioso amenazó con poner fuego á la casa. Entonces se vió que lo que buscaban las autoridades al consentir el motín, era que las hermanas se fueran; no les quedaba otro recurso. Luego que la superiora ordenó completamente sus asuntos y puso en lugar seguro á todas sus hijas, salió ella misma de Milán el 13 de mayo de 1860. En la relación anual que se hace en la orden, se consigna este suceso añadiéndose la siguiente observación: "Esto sucedió el cumpleaños de nuestro Pontífice, por el cual hemos tenido la dicha de padecer." El Papa Pío IX alabó el valor de estas religiosas, y añadió: "No es extraño que las tengan por obscurantistas, pues se han negado á iluminar."

Habiendo sido incorporado por Víctor Manuel, juntamente con la Rumania, el ducado de Parma y el de Módena (18 de marzo de 1860) al reino de Cerdeña, las religiosas del Sagrado Corazón tuvieron que sentir las consecuencias de este suceso. Llamadas en 1855 á Parma por la piadosa duquesa viuda Luisa María Teresa de Borbón, vense ahora obligadas á abandonar por segunda vez aquel campo de operaciones.

Una cosa semejante era de esperar en Padua, por lo cual las religiosas que allí había, siguiendo el consejo de la superiora general y de algunos amigos prudentes, resolvieron convertir su casa en lazareto en favor de los soldados heridos y consagrarse á su asistencia. Y he aquí que aquella casa, de la que

solía decir la Madre Barat, que era una caña combatida por el vendaval, que se dobla pero que no se rompe, venció el empuje de las olas y colmada de bendiciones continúa obrando el bien de muchos.

Pero donde la Madre Barat tenía puestos los ojos constantemente en medio de la intranquilidad y confusión de aquellos tiempos, era en Roma, la capital del mundo cristiano, y en Roma en el vicario de Jesucristo. Siempre se repite en sus cartas la expresión de su íntimo deseo de ver de nuevo á Pío IX y manifestarle verbalmente la compasión que tenía de él. Sobre este punto escribía á la Madre Lehón: "... Mucho siento no poder realizar mi proyectado viaje á Roma; pero sobre todo me duele no poder visitar de nuevo á nuestro supremo Pastor. Antes de morir deseo recibir la última bendición de Pío IX. Con esta bendición puedo acercarme á Jesús y comparecer más tranquilamente en la presencia de mi eterno juez."

Con la criminal invasión de las tropas piemontesas en los Estados de la Iglesia comenzó también la guerra contra las religiosas del Sagrado Corazón. Es cosa sabida que la Santa Sede, gracias á las inicuas maquinaciones y ardides de sus enemigos, se vió abandonada; que éstos, con menosprecio de todo derecho, invadieron sin previa declaración de guerra los Estados de la Iglesia, y que las tropas piemontesas arrollaron al corto pero heroico ejército pontificio. El lugar donde se libró la batalla de Castelfidardo, está situado en una llanura al Norte de Loreto. Desde Monte Real y desde la casa de las hermanas se dominaba toda la comarca, y podían observarse los accidentes de



la triste pero gloriosa jornada del 18 de septiembre. De repente el jardín y las construcciones necesarias de la casa fueron ocupados por los fugitivos del ejército pontificio; bajo las mismas ventanas fueron emplazados los cañones para oponerse al ejército enemigo. Entonces las religiosas se refugiaron con sus educandas en su casa de San Elpidio. Pero Loreto capituló, y el enemigo no se avergonzó de poner al frente de las condiciones de la capitulación la expulsión de la orden del Sagrado Corazón. El obispo Magnani protestó, mas su protesta fué inútil. El 27 de septiembre recibieron las religiosas, que ya habían vuelto á su casa, la orden de salir de ella antes del 3 de octubre.

Tampoco se libró de la persecución la comunidad de San Elpidio. Los moradores de la comarca, agradecidos á las Madres, hicieron lo posible por conservar siquiera esta casa; pero todo fué en vano, y pocos meses después, á pesar de estar situada en un lugar solitario, tuvo que cerrarse. El día 2 de diciembre de 1860 llegó á Roma la superiora con las últimas religiosas.

En Perugia se sostuvo algún tiempo más la casa del Sagrado Corazón, gracias á la fiel y poderosa protección del cardenal Pecci, á pesar de las mil asechanzas de que fueron blanco las religiosas; pero en 1862 hubieron de ceder su puesto á instructoras laicas. Pío IX concedió una audiencia á todas aquellas hermanas, como á valerosos soldados que no capitulan hasta última hora, y les aplicó la sentencia del Salvador, diciéndoles: "Bienaventurados los que

padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mat. 5, 10); y añadió: "Vivimos en una época de soberbia, y lo que necesitamos, es humildad, mucha humildad. Y para ser humildes es preciso sumisión á la voluntad de Dios, paciencia y oración. Esta es la hora de las tinieblas; pero el Señor nos ayudará. Os confieso que el año de 1849 no estaba yo tan tranquilo como ahora; entonces me sentía indeciso, y por eso retrocedía; pero ahora veo con claridad, y sé lo que tengo que hacer; si ellos vienen á Roma, también sé lo que he de hacer."

Los tristes sucesos que se sucedían unos á otros en tan breve plazo, no sólo daban á la venerable superiora general motivo de graves aflicciones, sino de innumerables trabajos, afanes y cuidados. Al mismo tiempo afligía incesantemente su ánimo la opresión que padecían el Sumo Pontífice y todo el orbe católico. Continuamente ofrecía con esta intención sus oraciones y buenas obras, y dirigía vivas exhortaciones á sus hijas para que por su parte hicieran lo mismo. Unía sus propias aflicciones con las del Papa, y se tenía por dichosa en participar de las injurias y persecuciones que sufría la Iglesia.

Aun del otro lado del Océano vinieron sobre la superiora general innumerables cuidados. El 12 de abril de 1861 estalló en América la guerra civil, y durante los tres primeros años de ella fué muy grande la inquietud de la Madre Barat por las casas allí establecidas; las vías de comunicación habían sido destruídas; pasábase largo tiempo sin tener noticia de ellas,



y lo poco que sabía, más era para aumentar su inquietud que no para tranquilizarla. Varias de sus casas, como la de San Miguel, la de Natchitoches y de Grand Coteau, estaban constantemente en medio del fuego. Sin embargo, gracias al universal respeto y amor que se habían granjeado las religiosas, sus casas fueron respetadas y aun protegidas por ambas partes. La Madre Barat atribuye esta protección visible á la oración que sus hijas de Europa habían hecho incesantemente al divino Corazón en favor de las de América.

Ya había transcurrido largo tiempo desde que, según las constituciones de la orden, debió de haberse celebrado un consejo general. La causa principal de haberse dilatado su celebración fué la guerra de América. Esta dilación imponía á la anciana Madre un gran sacrificio, pues allá dentro en su corazón tenía la esperanza de poder dejar en aquella junta la pesada carga de superiora general. Por fin la asamblea fué convocada para el verano de 1864, é inaugurada el 17 de junio. Era tal la alegría de la Madre Barat, que parecía haberse rejuvenecido. Su espíritu penetraba todos los actos del consejo, en cuyas sesiones nunca dejó de asistir. Pero procuraba que no se la viera obrar, sino que en todo se viera á las Madres consejeras, para no turbar con una intervención visible la libertad personal de las demás. Después de importantes acuerdos acerca del método de educación y de enseñanza, y sobre la creación de externados etc., la superiora general creyó llegado el momento de rogar á la reunión

con las más vivas instancias, que la relevaran de su pesado cargo; y no queriendo privar á las consultoras de su libertad, encargó á una de las superiores, que manifestara sus deseos á la junta. Al oír la proposición, siguióse por lo pronto profundo silencio, pues las consultoras se sintieron sorprendidas y conmovidas; pero no tardó en manifestarse la opinión unánime de todas aquellas Madres, de denegar resueltamente la súplica de la Madre Barat. Entonces fué conducida la superiora general en medio de sus hijas. Todavía intentó ella convencerlas de la justicia de su petición; su edad y su progresiva decadencia hacían imposible llevar en lo sucesivo tan pesada carga. Por lo cual si el consejo insistía en no acceder á sus ruegos, se vería en la necesidad de hacer uso de la facultad que le concedían las constituciones, de nombrar por lo menos una vicaria general que la ayudara en el cumplimiento de su cargo. Esta propuesta fué acogida con general aplauso. De este modo la fundadora seguiría siendo hasta su muerte la cabeza de la familia, y al mismo tiempo recibiría el auxilio de una religiosa elegida por ella misma, la cual pudiera ser enseñada y dirigida por la Madre Barat y formada para ser en su día la superiora general. Fué pues elegida por la Madre Barat como vicaria general la Madre Josefina Götz.

Así se terminó la octava asamblea de la orden del Sagrado Corazón, en la cual recibió su complemento la obra de la venerable fundadora. En aquel tiempo contaba la orden tres mil quinientos miembros. De las ciento y once casas que había fundado la Madre



Barat en los sesenta y dos años que hacía que gobernaba la orden, subsistían ochenta y seis en 1864<sup>1</sup>. Mediante la elección de una vicaria general el tiempo pasado se ligaba con el futuro; las que sucedieran á la venerable fundadora, no tendrían que hacer más que seguir el camino que ella les había trazado; y debe considerarse como una gracia especial del divino Corazón, que Dios prolongara la vida de la fundadora de la nueva orden hasta que ella hubiera dado la última mano aun á las cosas menos importantes relativas á su obra, y las hubiera conducido todas á feliz término.

La asamblea celebró su última sesión el 21 de julio de 1864. Sublime espectáculo fué el que ofrecía aquella sierva de Dios el último día en que celebró á su santa patrona en medio de todas las superiores, que á una señal suya habían venido de todos los puntos cardinales y de los más remotos países del Norte y del Sud de América. Pero el deber las apremiaba á volver cada una de ellas á su puesto. La despedida fué muy dolorosa. Todas presentían que aquella era la última vez que se congregaban en torno de su fundadora.

<sup>1</sup> La orden del Sagrado Corazón constaba en 1884 de 5000 religiosas distribuidas en 117 casas. Según las más recientes noticias cuenta ahora (en 1896) la orden del Sagrado Corazón 137 casas; de ellas pertenecen 48 á Francia y el resto á los demás países. Las religiosas son más de 6000. La orden habría de ser todavía más numerosa para poder satisfacer la demanda de nuevas fundaciones.



CAPÍTULO DUODÉCIMO.

DE COMO SE HABÍA LA REV. MADRE BARAT  
EN EL GOBIERNO DE LA CONGREGACIÓN.

NUNCA se manifiesta tan á las claras lo que una persona es, como cuando ocupa algún puesto elevado en que ha de dirigir á otras, y sobre todo cuando ha de mandar y gobernar; pues la posición elevada expone á la crítica y da ocasión á que se conozca mejor el carácter de quien la ocupa, y á que en el que manda y gobierna, se desarrollen pronto y libremente todas las cualidades buenas así como las menos buenas, de suerte que apenas puede darse prueba más decisiva de virtud sólida, que la que se da en el cargo de superior. No será pues inoportuno dirigir nuestras miradas á la manera de gobernar de la fundadora y superiora general de un instituto cuya prosperidad creció de un modo tan rápido y extraordinario.

Las palabras del Salvador: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”, son aplicables al gobierno de las corporaciones religiosas. La mansedumbre se muestra en el amor y en la bondad; la humildad en la firmeza con que la superiora se considera representante de Dios para emprender, continuar y terminar sin consideración al provecho personal, sin reparar en alabanzas ni en censuras, en trabajos ni en molestias, aquello que conoce ser la voluntad de Dios.

Este principio fué enteramente y cada vez más la norma de la Madre Barat. “Cuantos más años tengo,”